



LA VOCACIÓN CRISTIANA, UN DON EN SALIDA

Predicador: P. Dennis Doren Lahr, L.C.

Retiro del mes de junio 2019

Primera meditación: Escucha, sal y rema mar adentro.

Fruto: Dejar que Jesús suba a mi barca y que dirija mi vida hacia mar adentro; que sea Él quien llene de frutos mi camino y que, dejando mi comodidad, me lance al reto de ser su discípulo, dejando todo lo que me obstaculiza para servirle con plenitud y de corazón.

Petición: Señor, dame un corazón sensible a los demás, que experimente la necesidad de dejarte subir a la barca de mi vida, para que así, experimente una vida llena de frutos, salga de mí mismo, de mi comodidad y te siga.

Composición del lugar: *San Lucas 5, 1- 11*

«En aquel tiempo, Jesús estaba a orillas del lago de Genesaret y la gente se agolpaba en torno suyo para oír la palabra de Dios. Jesús vio dos barcas que estaban junto a la orilla. Los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió Jesús a una de las barcas, la de Simón, le pidió que la alejara un poco de tierra, y sentado en la barca, enseñaba a la multitud.»

1. Jesús ve dos barcas y sube a una de ellas, la de Simón.

El Señor me ve y sube a mi barca.

- a. Los pescadores han desembarcado y han estado limpiando las redes después de una noche larga sin ningún fruto. Vemos a Pedro, el impetuoso, medio frustrado, ¿de qué han servido tantas horas en el mar? Hoy no era su día, está cansado, desanimado y desencantado, pues ha trabajado toda la noche, y no ha conseguido nada. Dios ya me ha echado el ojo, no es casualidad o coincidencia. Dios tiene planes perfectos para mi vida; desde antes ha pensado en mí, se acerca con la intención de subirse a la barca y, ya dentro, acompañarme.
 - b. Jesús, desde mi barca, predica, enseña, se hace presente, se da a los demás. Así es mi barca, desde ella yo doy testimonio de Dios, de Jesús, de su salvación, de su presencia que sale al encuentro de cada hombre, incluso en momentos de fracaso y frustración.
 - c. Cristo sabe que hay dentro de nosotros, y quiere darnos oportunidad de encontrar el sentido de nuestra vida.
2. **Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Lleva la barca mar adentro y echen sus redes para pescar».** Simón replicó: «Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada, pero, confiado en tu palabra echaré las redes». Así lo hizo y cogieron tal cantidad de pescados, que las redes se rompían. Entonces hicieron señas a sus compañeros, que estaban en la



otra barca, para que vinieran a ayudarlos. Vinieron ellos y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

- a. Lleva la barca mar adentro y nos dice, Jesús: «sé de tus cansancios, frustraciones, trabajos vacíos de contenido y de frutos, pero ahora en vez de ser tú quien lanza las redes, obedece, cambia el sentido, cambia la intención y lánzalas en el nombre de Jesús». En esa actitud de humildad, confianza y abandono, se da el gran milagro.
 - b. Pescan tal cantidad de peces que las redes se rompían, es el verdadero fruto de tener con nosotros a Jesús, de trabajar en su nombre y de salir de nosotros mismos. Cuando nos centramos en nosotros mismos, las cosas no funcionan o funcionan a medias. Cuando las hacemos por Él, vaya que sí dan fruto.
 - c. Esa es la experiencia de Jesús: primero hay que dejarlo entrar en la barca, escuchar su Palabra, salir de la orilla y **remar mar adentro**.
3. **Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús y le dijo: «¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!»** Porque tanto él como sus compañeros estaban llenos de asombro, al ver la pesca que habían conseguido. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.
- a. Qué experiencia de fragilidad y pequeñez sentimos cuando realmente nos ponemos a la par de Jesús; nos reconocemos pecadores cuando vemos su mano que actúa; descubrimos la grandeza de Dios y nuestra indigencia.
 - b. Es bueno tener este tipo de experiencias, pues nos ubican en la verdad, en la justicia, en la realidad, y le damos a cada cosa su verdadero valor. **Yo sin Dios no soy nada, Dios y yo como colaborador e instrumento, somos imparables. Iglesia en salida, Jesús indicando el camino y nosotros confíemos.**
4. **Entonces Jesús le dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Luego llevaron las barcas a tierra, y dejándolo todo, lo siguieron.**
- a. Pedro rompe las cadenas de su yo, esas amarras que lo tenían atado a la orilla y, a partir de ese momento, es invitado, por segunda vez, a salir. La primera fue cuando Jesús le dice, «rema mar a dentro» y ahora, en la segunda: «No temas, desde ahora serás pescador de hombres».
 - b. Llegando a tierra, lo dejaron todo y lo siguieron. Jesús necesita de nuestra generosidad, necesita que soltemos esas amarras que nos tienen anclados a nuestro yo, a nuestros gustos y proyectos, y nos lanza a la verdadera pesca, a salir de nosotros mismos y ser sus colaboradores, salvar almas, anunciarles la buena nueva y transformar nuestra sociedad según los principios de caridad y justicias cristianas.

¡Haz la experiencia de salir! ¡Id!

No solo recibir... sentir la alegría de salir y compartir.

**Segunda meditación: Nuestra vocación en la exhortación apostólica *Gaudete et Exultate*.**

130. ¡Cuántas veces nos sentimos tironeados a quedarnos en la comodidad de quedarme en la orilla! El Señor me llama a remar mar adentro, a arrojar las redes en aguas más profundas, nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner nuestros carismas al servicio de los otros. Importantísimo, sentirme apremiado por su amor, «el amor de Cristo me urge», y así decir con san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16).

131. Miremos a Jesús: su compasión entrañable no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante, tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros, sino todo lo contrario. Era una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar. Reconozcamos nuestra fragilidad, pero dejemos que Jesús la tome con sus manos y nos lance a la misión. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión.

133. Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros. Especialmente por los tiempos que corren en donde el mal cada día parece que avanza más y tiene más adeptos o por lo menos hace más ruido que el bien.

Recordemos que lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos. Cuando los Apóstoles sintieron la tentación de dejarse paralizar por los temores y peligros, se pusieron a orar juntos pidiendo la parresía, es decir: (audacia, empuje evangelizador que deja una marca en este mundo): «Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía» Y la respuesta fue que «al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios» (Hch 4,31).

134. Como el profeta Jonás, siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas. Tal vez nos resistimos a salir de un territorio que nos era conocido y manejable. Sin embargo, las dificultades pueden ser como la tormenta, la ballena, el gusano que secó el ricino de Jonás, o el viento y el sol que le quemaron la cabeza; y lo mismo que para él, pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora.

135. Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias. Él mismo se hizo periferia (cf. Flp 2,6-8; Jn 1,14). Por eso, si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos, él ya estará allí. Jesús nos primerea en el corazón de aquel hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma oscurecida. Él ya está allí.



PREGUNTAS A REFLEXIONAR:

1. ¿He dejado entrar en la barca de mi vida a Cristo?, ¿he sentido ese impulso que me dice «rema mar a dentro», es decir, deja tu comodidad, tus miedos, tus temores y confía?
2. ¿Me he sentido acompañado por Cristo en esos momentos?
3. ¿Creo que con Él todo lo puedo?
4. ¿He visto la acción de Dios en mi vida cuando me he abandonado y confiado en Él?
5. ¿Soy capaz de dejarlo todo para seguirlo?, ¿qué me paraliza o me impide dar ese paso?
6. ¿Me considero parte de una Iglesia en salida, me siento misionero/a de su Amor y mensaje de salvación?
7. ¿Qué acciones concretas puedo decir que he hecho para afirmarlo?
8. ¿Me sientes frágil, pero portador/a de un tesoro que me hace grande y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban?
9. ¿Qué creo que debería hacer, ante los tiempos que corren en donde el mal cada día parece que avanza más y tiene más adeptos o por lo menos hace más ruido que el bien?
10. ¿Me asusta llegar a las periferias existenciales de los hombres?, ¿creo que Jesús ya está ahí?, ¿a qué me invita?

P.R.C.A.G.D.